



Foto de Rob King en Unsplash

soportes Símbolo

Los símbolos están en medio de la realidad que vivimos a diario, presentes en los medios de comunicación, en el interior del arte, la política, la religión, es decir, por doquier. No en vano nuestra capacidad simbólica nos acompaña desde el inicio de los tiempos ya que nuestra psique profunda piensa a través de imágenes y estas se cuelan en nuestros sueños, en nuestros mitos y en nuestro lenguaje sugiriendo algo más allá de lo visible por nuestras razones.

Hay que distinguir, no obstante, entre signo, con un significado mucho más estricto y convencional, del símbolo que permite una interpretación mucho más amplia y compleja. Y, además, es preciso no confundir el símbolo con el mismo soporte simbólico donde se asienta. Por ejemplo, una cruz puede simbolizar elementos muy dispares vista desde el cristianismo, el budismo o el esoterismo. En este sentido, lo importante no es el objeto simbólico en sí, sino lo que ilumina, la concepción del universo que hay detrás porque el símbolo necesariamente hará de puente entre dos dimensiones, y conectará la realidad que vivimos con

el sentido que esta puede tener para una persona, un grupo o una sociedad.

La ventaja del símbolo es que codifica un conocimiento que siempre está vivo y puede llegar más allá cuando el concepto no puede penetrar en lo insondable de la realidad. Desvela de esta manera algo esencial que nos ayuda a desbrozar el camino de dudas. Al sumergirnos en el corazón del símbolo van apareciendo significados alternativos sin que medie la racionalización. El símbolo es directo, casi como una revelación y funciona como una caña de pescar que lanzada en las aguas del subconsciente trae a la superficie de nuestra consciencia aquello que estaba a flor de piel y resulta, a todas luces, pertinente.

De esta manera los símbolos, aquellos que resuenan en nuestro interior, son portadores de un sentido que reordena nuestra realidad. Tienen el extraño poder de evocar una comprensión que todavía no era evidente. Y resuelven muchas veces una tensión que nuestra conciencia ordinaria no puede resolver.

Un árbol es siempre un árbol pero ante una crisis climática se puede convertir en un símbolo de la necesidad de cuidar y reparar la naturaleza esquilmada. Porque, podríamos añadir, el árbol remite a esa vida minúscula que acoge entre sus ramas y raíces, y a la comunicación silenciosa que hacen sus filamentos con otros semejantes hasta formar un bosque.

Hay símbolos que tienen un carácter más universal, de otros más cercanos a una cultura determinada o de una espiritualidad concreta. Nos interesa, en estas páginas, dialogar entre lo universal y lo propio de las tradiciones meditativas sin sobrecargar el símbolo de dogmas o creencias. En todo caso, abordaremos el símbolo simplemente como soporte de una comprensión que puede, y debe, complementar al concepto filosófico, dejando que el símbolo, en su propia inercia, vaya perforando las capas incrustadas de nuestra ignorancia.

Julián Peragón